

Las aventuras de las hermanas

Por
Kayla Pedrolini



19 de septiembre de 2010

El trece de julio de 1992, nació Rosalea Marie Pedrolini. Este evento cambió mi vida para siempre. Rosalea es mi hermanita. Cuando ella nació yo tenía veinte meses, era solamente una bebita. Cuando mamá y papá la trajeron a casa a mi no me cayó bien para nada. Un día, cuando ella estaba durmiendo en su moisés, yo subí parte del moisés y lo agité. Traté de lastimar a mi hermanita. “¡Ay Kayla, qué estás haciendo!” me dijo mamá. En ese tiempo yo estaba muy celosa de mi hermana porque ella recibía más atención que yo. Pero con el tiempo, me cayó bien mi hermanita.

Era un día típico en la casa Pedrolini. Mamá estaba limpiando la cocina, su pelo rizado estaba enrollado arriba en desorden en su cabeza. Los rizados pequeños rozaban su cara de una manera bonita. Mi hermana Rosa y yo mirábamos en la televisión “Bugs Bunny”, el conejo que era más inteligente y cómico que Elmer Fudd. Nosotras estábamos sentadas en el suelo con nuestras mantas grandísimas y suaves. Nuestros ojos no se habían abierto del todo, pero mamá nos dijo que era la hora de empezar el día.

“¡Niñas!” mamá llamo en voz alta. “¡Es hora de despertar!”

Rosa y yo fingíamos dormir y no oír su voz. Pero ella sabía que nosotras no dormíamos.

“¡Vamos afuera!” dijo mamá.

“¡Vale!” Rosa y yo respondimos a la misma vez.

Cuando salimos afuera el sol era brillante y hacía calor. Rosa y yo corrimos al árbol enfrente de la casa. Era un árbol enorme. Las ramas del árbol eran amarillas y colgaban abajo, algunas tocaban la tierra. Las hojas eran delgadas y verdes. Caminamos debajo de las ramas y entre el mundo mágico. En ese momento éramos indígenas que vivíamos en el árbol.

“¡Rosa, yo puedo subir el árbol más rápidamente que tú!”

Yo trepé el árbol como un mono que tiene hambre y sabe que hay una banana en la parte superior. Subí el árbol muy rápidamente, pero cuando llegué a la copa, miré abajo y sentí mucho miedo. ¡No puedo regresar al suelo!

“¡Rosa necesito ayuda, no puedo regresar al suelo, está muy lejos!”

“No está tan lejos, si se puede.” me dijo Rosa.

Y después de esto, yo regresé al suelo. Creo que no habría podido hacerlo sin la ayuda de mi hermana.

***** Muchos años después*****

Ahora cuando pienso en mi niñez, me doy cuenta de que mi hermana y yo estuvimos juntas por mucho tiempo, ocurrieron muchos otros incidentes como el del árbol. Éramos como dos gatos en el agua. Nos queremos mucho. Nosotras compartimos una cama por tres años, en general compartíamos cada cosa que teníamos. Era fantástico tener una persona con quien yo podía jugar. A veces mi hermana y yo le creábamos muchos problemas a nuestra mamá. Jugábamos fútbol en el mismo equipo y era divertido. Teníamos los mismos amigos y asistíamos juntas a las clases de baile y jazz. Muchas personas pensaban que nosotros éramos gemelas cuando éramos niñas. Siempre estábamos juntas y ella era mi mejor amiga.

Sin embargo, había problemas cuando teníamos que compartir todo. Nosotras peleábamos mucho y no era muy divertido. Casi cada día había una pelea por cosas como un juguete o un libro

o la televisión. Y en ese momento se creaba una diferencia grande entre mi hermana y yo. Ella casi siempre usaba sus palabras y su mente para pelear, mientras que yo, casi siempre lo hacía con mis manos. Esa diferencia persiste hoy en día entre mi hermana y yo, aunque las peleas nunca nos han separado.

A medida que crecimos, continuamos siendo las mejores amigas. Compartíamos toda la ropa que teníamos. Hablábamos por muchas horas en el cuarto que compartíamos cada noche. Y compartíamos los sueños de la vida que queríamos y los chicos. Igualmente hablábamos de las cosas más graves como los problemas de la familia con el dinero o los problemas de alcohol. Yo ayudaba a Rosa con su tarea y ella me ayudaba a mi también. Estábamos creciendo.

Las diferencias físicas y de personalidad y actividades continuaron entre mi hermana y yo. Esas diferencias no fueron notables hasta la escuela secundaria. Físicamente mi hermana era muy delgada y alta. Yo era más baja que ella y mi figura era atlética. Cada persona quería algo que la otra tenía. En mi mente yo era gorda y ella pensaba que era fea. Pero en realidad, nada de eso era verdad ya que nosotras éramos hermosas a nuestra propia manera. Además, había diferencias entre las actividades en las que participábamos. Yo participaba en muchos deportes como fútbol, natación y agua polo, mientras ella participaba en la orquesta y en el comité estudiantil. Los cambios que sufrimos mi hermana y yo eran inevitables. Nosotros nunca fuimos las mismas.

Ahora mi hermana vive en Kalamazoo y yo vivo en Grand Rapids pero todavía somos las mejores amigas. Ella es la persona más cómica que yo conozco. Nosotras hablamos por el teléfono o la computadora casi cada día. Es posible que ahora que no vivimos juntas estamos más cercanas. La relación ha cambiado para lo mejor, y no tengo ninguna duda de que seremos las mejores amigas por toda la vida. Yo aprendí que aunque mi hermana y yo tenemos diferencias, ella siempre estará ahí para mí, e igual, yo estaré ahí para ella. La unión de las hermanas es algo muy especial que perdura para siempre.